

laguna como guía sentimental de Cristina. Y ella, una niña tranquila, que ha vivido en varios países, en un hogar bien formado, y cuya gran aventura en esas vacaciones será haber besado por primera vez. Los adultos: la tía Julieta, Fidel, la amiga de Julieta: Sofía, quedan apenas esbozados y aparecen en el relato casi como un pretexto para que Cristina y Fidelito se encuentren.

Y aquí resulta inevitable pensar en el lector a quien va dirigida esta novela antes de dar juicios acerca de la caracterización de los personajes o de la trascendencia de la historia. Mirada esta obra desde una perspectiva sólo textual, uno diría que algo le falta. Sí, está bien escrita, no hay que negarlo, los sucesos se van dando uno tras otro sin ninguna pretensión, en un transcurrir cotidiano en el que aparecen los contratiempos normales de la vida diaria. La máxima tragedia o, mejor, el gran acontecimiento es la pérdida del trabajo de la tía, quien prefiere renunciar antes que ser cómplice de un acto inmoral que no queda muy claro —¿un negocio ilícito?, ¿un acto de corrupción?—, en fin, eso no importa mucho para efectos de la historia misma, lo que importa es que se ha quedado sin trabajo y eso implica muchos cambios: dejar de súbito el apartamento, reducir los gastos, buscar otro trabajo, etc. En este caso parece un poco forzada la solución del viaje al campo en medio de un problema de esas dimensiones y sobre todo con unas personas que la tía apenas conoce, como son Fidel y Fidelito.

Sin embargo, si consideramos al lector implícito en esta obra, ese lector adolescente que probablemente se identifique con la situación de Cristina y de Fidelito, la historia cobra otro valor. Por encima de lo acomodado de los hechos, o por encima de la falta de caracterización de algunos personajes adultos, está la exploración de los sentimientos y sensaciones de Cristina frente a sí misma y frente a sus sentimientos hacia Fidelito.

*Bajo el cerezo* se puede ubicar dentro de la literatura juvenil colombiana como una obra realista, de

corte psicológico, que continúa una corriente que en nuestras letras apenas comienza, como es la de la exploración de los sentimientos y las situaciones propias de los adolescentes de hoy. En esta medida es probable que encuentre muchos lectores jóvenes que pueden encontrar afinidad con lo que le pasa a Cristina, o con el papel de guía sentimental de Fidelito. Y aunque es una novela que se queda corta en algunos aspectos (el desarrollo de algunos personajes, sobre todo Fidel, o de algunos conflictos como el de Fidel y la tía Julieta), también es cierto que logra construir una relación sólida entre Cristina y Fidelito y un universo interior en esa niña que empieza a despertar a la adolescencia y a los misterios del amor.

Francisco Montaña nació en Bogotá. Estudió guion de cine en Moscú y filología en la Universidad Nacional de Colombia, donde se desempeña como profesor en la carrera de cine y televisión. Ha escrito series infantiles y juveniles para la televisión y obras dramáticas para jóvenes.

BEATRIZ HELENA  
ROBLEDO

## Qué vaina

**Hasta en las mejores familias:  
Selección de Postre de notas**

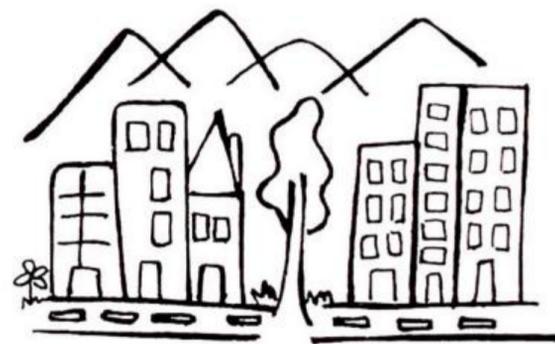
*Daniel Samper Pizano*

Casa Editorial El Tiempo, Bogotá,  
2002, 307 págs.

Supongo que el precedente más remoto de la columna de humor es el artículo de costumbres, ese tipo de texto surgido en el momento en que los poetas occidentales decidieron que los asuntos cotidianos, con su lenguaje incluido, también eran dignos de ser celebrados. Para el caso de la lengua castellana, se me ocurre pensar en Larra y, un poco posteriormente, en Bécquer, con sus leyen-

das, inicialmente publicadas en diarios y suplementos periódicos.

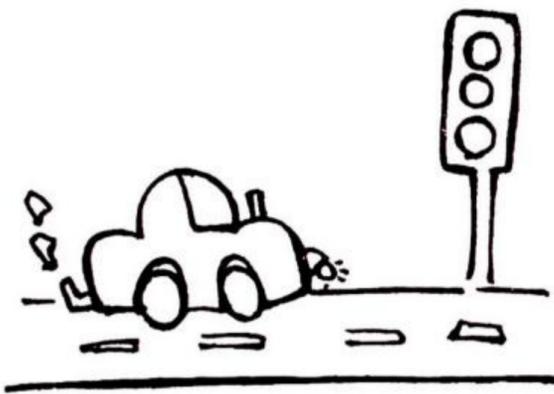
Colombia, en particular, cuenta con una rica historia en materia de costumbrismo. Así lo propone una de las más inteligentes conocedoras de la literatura del siglo XIX, mi maestra María Teresa Cristina, quien, en la carrera de literatura de la Universidad Nacional, insiste en que allí, en ese periodo, hay una mina inexplorada que puede darnos muchas pistas sobre nuestra historia literaria y, con ella, de las otras esferas de nuestra cultura (la ciencia, la política, la economía, la ética). Infortunadamente, los estudiantes de literatura prefieren perderse muchas veces en los vericuetos de la actualidad, que no pocas veces resultan espejismos y frustraciones. Ese fervor por la actualidad ha hecho que en las propias clases de literatura a nivel de bachillerato muchos docentes prefieran que sus estudiantes obvien a los “viejos” clásicos y se extasíen de Cuauhtemoc o de cualquier otra forma de literatura ligera, con el discutible argumento de que éstas sí reflejan sus problemas reales.



Volviendo a la idea del artículo de costumbres y del costumbrismo en general como precedente de la columna de humor, es importante señalar dos rasgos generales de éstos: uno, su temática y, otro, su forma expresiva. Dado que el nombre mismo, costumbrismo, indica la raigambre de los temas que le conciernen, es posible centrarnos sin más en el segundo rasgo. En este último es determinante la posición del sujeto que enuncia el texto, en general un personaje culto, a veces en demasía, que sin embargo cree poder expre-

sar la cultura popular, y en ese afán lo primero que hace es apelar a las expresiones típicas y, sobre todo, a remedar la fonética del habla vulgar, hechos que, sin embargo, delatan su verdadera situación, porque en la construcción de la frase se muestra gramaticalmente correcto.

Precisamente en esa construcción de las frases hay toda una visión de mundo que termina, paradójicamente, por descalificar ese mundo popular que pretende enaltecer. De tal modo, que hasta el humor, elemento esencial del costumbrismo, termina siendo un humor ajeno a lo popular, o sea, elegante y culto, por extraño que esto suene. El mismo Carrasquilla, por su opción literaria, no pudo escapar del todo a ese tipo de distanciamiento cachaco, señorial.



Tal vez desde la posición de estos autores cultos que pretendían expresar la cotidianidad del vulgo sin poder despojarse de su verdadera situación social surgió el tipo del cachaco: ese personaje caballeroso, educado, bien vestido y, en general, simpático, pero que no deja de traslucir en sus modales un tono de artificio e hipocresía, que los costeños hemos generalizado para todo aquel que nace allende las fronteras de los departamentos de Córdoba o Cesar. Con ello, acaso, lo que pretendemos resaltar es el dejo, el acento vocal que a nuestro parecer resulta afectado, como el de los cachacos verdaderos, en quienes tal vez ya nadie cree, pero de que los hay, los hay.

Dado ese precedente, la columna de humor mantiene vínculos inexorables con él. Por ello su foco de atención sigue siendo el conjunto de los hábitos sociales, y también salta a la vista, en este sentido, el elemen-

to humorístico que la identifica desde su propio rótulo. Pero, inevitablemente, este género periodístico ha sufrido también cambios sustanciales que en gran parte no se dieron en el seno de la prensa sino en la literatura, desde donde fueron trasvasados por sus cultivadores, a menudo peces que nadaban en ambas aguas, por lo que esto también ha ocurrido en sentido contrario.

En los años veinte del siglo pasado hay que destacar al respecto las crónicas de Luis Tejada, quien, a pesar de valerse en esencia del texto periodístico, se propuso llevar a cabo una renovación de la literatura colombiana que sólo fue reconocida de un modo tardío. Las crónicas de Tejada son muy humorísticas, mas ya no cachacas, situación de la que lo libró su inquietud estética vanguardista, que no podía quedarse en el pasado. Esas crónicas, no columnas, de humor saludaron con entusiasmo inventos como el automóvil, pero también criticaron la trivialización de la vida cotidiana a expensas del confort que en aquella época transformaba ciudades y sociedades.

En ese vínculo entre periodismo y literatura de la que se nutre la columna de humor de Daniel Samper hay que prestar atención, además, a la agudeza humorística de García Márquez en su columna "Jirafa" de los años 50-52, que asume en ella la lección particular de Hemingway. Todo a condición de que no se olvide que se trata de dos actitudes completamente distintas —la de Tejada y García Márquez en relación con la de Samper—, pues en este último ha primado más el periodismo que la literatura.

Algunos aspectos claves de las setenta columnas que forman este libro, seleccionadas entre las novecientas y pico que forman el trabajo de veinte años llevado a cabo por Samper en el semanario Carrusel de El Tiempo, se pueden resumir así: parodia de textos literarios, periodísticos y cotidianos; alusión a temas de actualidad generalmente triviales; la hipérbole como estrategia cómica.

La parodia de textos literarios se percibe en cada una de las colum-

nas, fundadas todas en la ficción. Así, prácticamente todas ellas se centran en experiencias del columnista Daniel Samper, que sería algo así como el personaje central de una novela cuyo oficio consiste en escribir una columna semanal y que, por otro lado, se asemeja físicamente al autor de éstas, Daniel Samper, definido jocosamente en la contracarátula de la antología como polígrafo, periodista, "biesposo, tripadre, tetrabuelo", a lo que le faltó agregar el dato de ser hermano de un presidente colombiano. Las aventuras de que dicho columnista nos da cuenta en sus textos provienen sobre todo de su vida familiar, por lo que nos enteramos que tiene esposa, dos hijas, un hijo y un perro llamado Pachulí, pero también de su experiencia como columnista en sí. En este sentido, él se dedica no pocas veces a responder preguntas de sus lectores con relación a sus temas recurrentes: la comida y la dieta, la gimnasia, las mascotas, la apariencia física y los bebés.

Aparte de la parodia de la novela, también se remedan en esta antología el género poético en la columna "Nuevos mandamientos de salud", y cuentos, como ocurre en las columnas "Mujer perdida", "Sucedió en el gimnasio" y "Cuento de navidad". Además, hay varios ejemplos de burla a la clasificación de tipos humanos establecidos por la tendencia conductista de la psicología. De esto son ejemplo los textos "¡Mesero!" e "Hijos para todos los gustos".

Con relación a esa parodización de la literatura hay que reiterar que ello marca, precisamente, una distancia con relación a ella. Samper ha asumido el oficio de humorista de prensa. En su opción, por lo menos en este caso, no aparece alusión alguna directa a la literatura, elemento frecuente en los autores colombianos antes señalados, García Márquez y Luis Tejada, ambos supremamente preocupados por este arte y que no falta en sus escritos periodísticos. Ello no obsta para que Samper se distancie totalmente de la literatura, ya que de hecho tie-

ne, que yo sepa, una novela en su haber. Pero no es una preocupación que se materialice en estas columnas. Antes él mismo, en broma y en serio, se refiere a sí mismo como "payaso de revistas femeninas" y "escritor de pendejadas" (pág. 307).



Lo trivial como tema está muy emparentado con lo anterior. Samper no se refiere a los problemas sociales de este país y no hay una sola alusión a nuestra violencia endémica, tal vez porque en esos temas hay poco lugar para el humor. Tales asuntos, por lo demás, son desagradables a las tradicionales revistas femeninas, entre las que se clasifica Carrusel. Sin embargo, ello tampoco obsta para que el columnista se convierta en forma reiterada en un agudo crítico de las modas contemporáneas. Tal sucede en textos como "Perjúmenes", "Las gorditas están de moda" y "Chechero-teca", en los que se cuestionan, respectivamente, asuntos como el enmascaramiento de los olores naturales tan común en esta época de papeles higiénicos aromatizados; el modelo de mujer flaca dominante que ha llevado a las jóvenes y aun a las mayores a la anorexia; y la abundancia en la casa de objetos inútiles producidos y adquiridos en razón del consumismo prevaleciente.

Lo interesante, sin embargo, sería ver hasta qué punto ha superado Samper el humor cachaco, señorial, al que nos hemos referido en las líneas iniciales de esta reseña, lo cual va ligado al origen del tipo de texto que cultiva. Pienso que sí. Tal vez de ello sea indicio el hecho de asumir su trabajo desde una estrategia autobiográfica, lo que acorta ficticiamente la distancia entre el autor y su materia, amén de su principal recurso para

lograr el efecto cómico, el cual a su vez es el más común en el chiste popular: la hipérbole, la exageración. Sí, Samper es un "embustero" consagrado, aunque no a lo paisa —como Tejada— ni a lo costeño —como García Márquez—, sino a lo cachaco, cosa que a estas alturas resulta un mérito paradójico por el precedente histórico del altivo remoquete y por la modestia del género periodístico que practica. Qué vaina.

ANTONIO  
SILVERA ARENAS

## Con errores inadmisibles en la edición

De cóndores y sirenas.

**Memorias de un aventurero ilustrado**

Mauricio Obregón

Villegas Editores, Bogotá, 2004,  
333 págs., il.

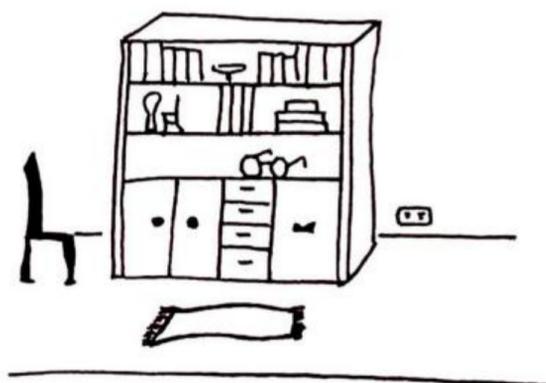
De hace unos años para acá, Villegas Editores decidió publicar libros de textos diversos; cuentos, novelas, ensayo, memorias, con éxito demostrado. No sólo se venden libros para poner de adorno encima de las mesas; a veces la gente lee.

*De cóndores y sirenas. Memorias de un aventurero ilustrado* reúne una serie de artículos seleccionados de la columna que por años escribió Mauricio Obregón en el diario El Tiempo. Cuando la familia buscaba documentos para editar uno de sus libros póstumos, encuentra, anota su hijo en el prólogo, organizado, fechado, con prólogo y epílogo este material, listo para su publicación. Sólo restaba unirse con el editor para buscar el material gráfico y presentar ante el público las memorias del viajero ilustrado.

*A bordo nos refrescamos con agua de coco "enriquecida" con ginebra y le discuto a Sam su opi-*

*nión de que la Sierra Nevada de Santa Marta nunca sirvió de punto de referencia a los descubridores. Le propongo que volando en avioneta a la altura de un mástil comprobemos si la vieron o no. Lo hacemos, y Sam tiene razón, no la pudieron ver. Hemos descubierto que la avioneta es el complemento ideal para cualquier investigación sobre lo que vieron los descubridores, cosa que los cronistas muchas veces no dejan claras. Lo llamamos Aerohistoria [pág. 65]*

Nacido en Barcelona, educado en Oxford, Mit y Harvard, fue de la Ceca a la Meca, inventó, gestionó y puso en marcha diversos proyectos nacionales e internacionales, y se subió en cuanto aparato que navegara, volara o implicara un alto riesgo. Fue fundador y profesor de la Universidad de los Andes, embajador, historiador, miembro de diversas academias e instituciones, pero, sobre todo y por lo mismo, un viajero incansable, que supo sacarle provecho a su pasión.



Estudió ingeniería aeronáutica, trabajó como mecánico, piloto de pruebas y diseñador, capitán de vuelos de prueba de Grumman Aircraft, presidente de la Federación Aeronáutica Internacional, y estableció el récord mundial de velocidad en aviones livianos, amén de ser estudioso y muy buen lector. Su espíritu nómada y la presión que ejercía la fascinación por la aventura hicieron que su ingeniería virara y se convirtiera en apoyo para ser historiador. Se dedica entonces, entre otras, a reconstruir los viajes de los conquistadores por aire y por mar, averigua